

EL "ÁRABE MEDIO" Y LA LEXICOGRAFÍA

JUAN VERNET GINÉS

Catedrático de Árabe, Universidad de Barcelona

En la actualidad está de moda intentar definir al "individuo medio", al "trabajador medio", etc., mediante la proyección estadística de determinadas catas de la sociedad que deben darnos, teóricamente, una visión más o menos objetiva de la realidad que nos interesa conocer. ¿Cuánto gana el obrero español? Un sondeo nos fijará que en su mayoría los ingresos que perciben se sitúan entre tal y tal cantidad. ¿Cuál es la estatura del español? La correspondiente encuesta nos la indicará.

Evidentemente este sistema existe desde hace pocos años y por tanto nos es muy difícil intentar establecer cuáles fueron las características que escapaban a la "normalidad" para un árabe de hace dos mil años. Sin embargo, la especial contextura de su lengua, en concreto de la morfología, permite tratar de averiguarlo.

El nombre árabe presenta, en efecto, la propiedad de tener esquemas morfológicos especializados para matizar el valor sustancial de la raíz, integrada ésta por tres letras llamadas radicales (sólo en un 5 por ciento de casos por cuatro). Esas tres consonantes encierran en sí una idea genérica que se precisa mediante la adición de otras consonantes llamadas serviles (*ʿ, n, t, m, w, s, y*) y de las tres únicas vocales que conoce (*a, i, u*). Así, por ejemplo, los nombres de lugar o tiempo se forman por la aplicación del esquema *ma-a-* (cada trazo indica respectivamente la primera, segunda y tercera radical). Por consiguiente, si *djl* significa *entrar*, *madjal* indica el *vestíbulo*; si *dbh* implica la idea de sacrificio, *madbah* indica el lugar donde se sacrifica, o sea el *ara*. Los nombres de enfermedad tienen el esquema *-u-ā*, o sea que si el corazón se dice *qalb*, *qulāb* significa cardiopatía; como el hígado se designa por *kabd*, *kubād* será hepatitis, etc.

Una de estas estructuras es la que nuestras gramáticas designan como "adjetivos de color o deformidad" (que en determinadas circunstancias pasan a sustantivos) y que tienen el esquema *a-a-* para el masculino, *a-ā-* para el femenino y *-u-* para el plural. Así, por ejemplo: *ahmar* (rojo), *hamrā* (roja), *humr* (rojos). Si en la primera parte de la denominación, "adjetivos de color", todas las gramáticas andan de acuerdo, no ocurre lo mismo con la segunda, por más que casi todas ellas (D. VERNIER, THATCHER, DURAND y CHEIKHO, BELOT, etc.) coinciden en asegurarnos que ese tipo corresponde a "defecto físico" (1). En alguna gramática, como por ejemplo la de GAUDEFRY-DEMOMBYNES-BLACHÈRE (ed. 1937, p. 92), se nos habla ya de *particularité physique* (pero inmediatamente, en las págs. 185, 191 y 197 repite el clisé tradicional *difformité*) y en la monografía de H. WEHR (*Der arabischen Elativ*, AAWL, 7 (1952), 570), se mantiene claramente que ese esquema indica *körperliche Eigenschaften*. Lo mismo viene a decir

(1) Me permito recordar la definición que da el *Diccionario de la Academia de la Lengua* (ed. 1956), sobre *defecto*: "1. Carencia o falta de las cualidades propias y naturales de una cosa; 2. Imperfección natural o moral".

la gramática árabe de al-SARTUNĪ (ed. 1950, p. 47): "colores, defectos y cualidades".

En las gramáticas clásicas árabes, entre ellas la de SIBAWAYHI (ed. H. Dérenbourg, II, 234) y en la *Durrat al-gawwās* de al-HARĪRĪ (p. 33 del texto árabe de la *Crestomatía Gramatical* de S. de SACY) se mantiene la idea de "defecto" (no particularidad) físico. Resumiendo: hay unanimidad para indicar que el esquema en cuestión sirve para denotar colores; gran coincidencia de opiniones para creer que designa defectos físicos y pocas para asegurar que también señala cualidades o propiedades morales o físicas. Pues bien: creemos que este último valor es el único cierto y del cual los dos primeros son sólo casos particulares. Así cuando KA^cB B. ZUHAYR nos dice en su *Banāt Su^cād* (verso 2):

Su^cād, en la mañana de la separación, cuando partieron, era una gacela de voz nasal (*agann* < *agnan*), de vista tímida, con ojos alcoholados.

o IBN HĀNĪ' (*Banderas de los Campeones*, trad. de E. GARCÍA GÓMEZ, núm. 145, verso 3):

Había en su voz un dejo nasal (*agann*), como el runrún de la gacela; la molicie hacía ligero su talle mientras el licor hacía pesados sus párpados de abundantes pestañas.

no hay que ver ninguna intención de afear a la mujer amada que se pone en camino, sino todo lo contrario.

Cuando el poeta del amor, °UMAR B. ABĪ RABĪ^a nos habla de unas huríes (*hūr* < *hurwr*, *Diccionario de la Academia de la Lengua*: "la que tiene unos ojos muy hermosos, calidad con que se describe a la mujer celestial del paraíso islámico") o TĀRIQ B. ZIYĀD incita a sus soldados a conquistar la Península diciendo: "Sabéis que en ella se encuentran las huríes más preciosas..." no piensa, sino todo lo contrario, en que está citando un defecto de esas mujeres.

Lo mismo podría decirse de masculinos como *agzal*, galán y buen poeta, o *amyal*, simpático, o *agyad*, mancebo esbelto (cf. *Banderas de los Campeones*, núm. 236) pues no presentan matiz despectivo.

Evidentemente, por tanto, nos encontramos ante dos series de acepciones — unas indicando defectos y otras cualidades — que encierran entre sí la realidad del "árabe medio". No es de extrañar así que al-SUYURĪ (*Muzhir*, II, 230, ed. dik^a) dé algunos valores contrapuestos diciéndonos que la mujer de senos opulentos se llama *tadyā'* y la de escasos *ḡaddā'*; que hermosa y fea se designan por *hasnā'* y *saw'ā'*; que las cotas de malla normales no son fuertes ni flojas (*ḡadlā*, *jadba*), etc., etc. (2).

Lo que llevamos dicho parece apuntar que en el subconsciente lingüístico del árabe, el individuo u objeto normal gozó de un gran número de esquemas morfológicos que pudieron aplicársele con gran libertad, mientras que aquellas cualidades que escapaban a ese término medio adoptaron el esquema *a-a*.

(2) Sobre la procedencia de algunos de estos esquemas Cf. MUZHİR, loc. cit., sobre catsān.